

150 Me acordaba siempre que Jesús se había hecho pobre, que quiso nacer pobre, vivir pobemente y morir en la mayor pobreza. También me acordaba de María Santísima, que siempre quiso ser pobre. Y tenía presente además que los apóstoles lo dejaron todo para seguir a Jesucristo. Algunas veces, el Señor me hacía sentir los efectos de la pobreza, pero era por poco tiempo. Luego me consolaba con lo que necesitaba; y era tanta la alegría que sentía con la pobreza, que no gozan tanto los ricos con todas sus riquezas como gozaba yo con mi amadísima pobreza.

151 He observado una cosa que no puedo menos de consignarla aquí: Cuando uno es pobre y lo quiere ser y lo es de buena voluntad y no por fuerza, entonces gusta la dulzura de la virtud de la pobreza y, además, Dios la remedia de una de estas dos maneras: o moviendo el corazón de los que tienen para que den a uno, o bien haciendo vivir sin comer. Yo he experimentado todos estos modos.

152 Sólo citaré algunos casos que pasaron por mí mismo. Una vez iba de Vich a Campdevánol para dar ejercicios espirituales a unos Sacerdotes que con el S[enor] Canónigo Soler se habían recogido en aquel Curato.

Era a los últimos del mes de julio, que hacía mucho calor. Yo tenía hambre y sed, y, al pasar por frente del Mesón de San Quirico de Besora, la dueña del Mesón me llamó para que comiera y bebiera. Yo le contesté que no tenía ni un cuarto para pagar lo que gastase. Ella me contestó que comiese y bebiese cuanto necesitase, que de muy buena gana me lo daba; y yo acepté.

153 Una vez iba de Igualada a Barcelona, y a las doce del día pasaba por frente del Mesón de Molins de Rey, y un pobre se apiadó de mí, me hizo entrar en el Mesón y pagó para mí un plató de alubias que le costaron cuatro cuartos, con que comí muy bien y llegué perfectamente a Barcelona en aquella misma tarde.

154 Otra vez venía de hacer misión del pueblo de Bagá, pasé por la Badella, Montaña de Santa María Espinalbet, Plad'en Llonch, hasta San Lorenzo dels Piteus, sin comer nada en todo el día, caminando siempre por caminos los más escabrosos, pasando ríos y arroyos. bastante caudalosos, que, a la verdad, el vadear era lo que se me hacía más sensible, sí, más lo sentía que el no tener que comer, aunque en esto el Señor también me favorecía.

155 En cierta ocasión en que tenía que pasar el río Besós, que llevaba bastante agua, ya me iba a quitar el calzado, cuando se me acercó un niño desconocido y me dijo: *No se descalce usted, que yo lo pasaré.* —*Tú a mí me pasarás? Eres muy pequeño; ni siquiera me podrás tener en hombros, cuánto menos pasarme el río.* —*Ya verá usted,* me contestó, *cómo yo le paso.* —En efecto, me pasó perfectamente sin mojarme.

156 En un arroyo que hay a la otra parte de Manresa lo hallé que las aguas lo habían subido tanto, que los pasos estaban todos cubiertos de agua, y, a fin de no descalzarme, me resolví saltar por los pasos, dando un fuerte golpe con la planta encima de la piedra de cada paso. Con el golpe que daba, el agua se apartaba, y así, saltando de un paso a otro, pasé sin mojarme.

157 Había observado que la santa virtud de la pobreza no sólo servía para edificar a las gentes y derrocar el ídolo de oro, sino que además me ayudaba muchísimo para crecer en humildad y para adelantar en la perfección. Además de la experiencia, me corroboraba con esta comparación: que las virtudes son como las cuerdas de una arpa o instrumento de cuer-

da: que la pobreza era la cuerda corta y delgada, que cuanto más corta es, da el sonido más agudo. Y así, cuanto más cortas son las conveniencias de la vida, tanto es más subido el punto de perfección a que sube. Así vemos que Jesucristo estuvo sin probar bocado cuarenta días con sus noches; y con los apóstoles comía pan de cebada, y aun a veces les faltaba. Tan cortos andaban, que los Apóstoles cogían espigas y las frotaban entre sus manos, y con aquellos granos mataban el hambre que les molestaba, que por haber sucedido esto en día de fiesta fueron reprendidos de los fariseos.

158 Además, esta falta de recursos abate el orgullo, destierra la soberbia, abre paso a la santa humildad, dispone el corazón para recibir nuevas gracias y hace subir de un modo admirable a la perfección, a la manera que los flúidos, que cuanto son más ligeros y sutiles, más suben, al paso que los crasos son más ras-treros. ¡Oh Salvador mío! ¡Haced, os suplico, que vuestros ministros conozcan el valor de la virtud de la pobreza, que la amen y la practiquen como Vos nos habéis enseñado con obras y palabras! ¡Oh que perfectos seríamos todos si todos la practicásemos bien! ¡Qué fruto tan grande haríamos! ¡Qué almas se salvarían!

Cuando, al contrario, no practicando la pobreza, la gente no se salva y ellos se condenan por la codicia, como Judas.

XIV

La tercera virtud: la mansedumbre

159 Conocí que la virtud que más necesita un misionero apostólico, después de la humildad y pobreza, es la mansedumbre. Por esto, Jesucristo decía a sus amados discípulos: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y así hallaréis descanso para vuestras almas.* La humildad es como la raíz del árbol, y la mansedumbre es el fruto. Con la humildad, dice San Bernardo, se agrada a Dios, y con la mansedumbre, al prójimo. En el sermón que Jesucristo hizo en el monte dijo: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.* No sólo la tierra de promisión y la tierra de los vivientes que es el Cielo, sino también los corazones terrenos de los hombres.

160 No hay virtud que los atraiga tanto como la mansedumbre. Pasa lo mismo que en un estanque de peces; que, si se les tira pan, todos vienen a la orilla, sin miedo ninguno se

acercan a los pies; pero, si en lugar de pan se les tira una piedra, todos huyen y se esconden. Así son los hombres. Si se les trata con mansedumbre, todos se presentan, todos vienen y asisten a los sermones y al confesonario; pero, si se les trata con aspereza, se incomodan, no asisten y se quedan allá murmurando del ministro del Señor.

161 La mansedumbre es una señal de vocación al ministerio de misionero apostólico. Cuando Dios envió a Moisés, le concedió la gracia y la virtud de la mansedumbre. Jesucristo era la misma mansedumbre, que por esta virtud se le llama Cordero: *será tan manso, decían los profetas, que la caña cascada no acabará de romper, ni la mecha apagada acabará de extinguir;* será perseguido, calumniado y saciado de oprobios, y como si no *tuviera lengua, nada dirá.* ¡Qué paciencia! ¡Qué mansedumbre! Sí, trabajando, sufriendo, callando y muriendo en la Cruz, nos redimió y enseñó cómo nosotros lo hemos de hacer para salvar las almas que él mismo nos ha encargado.

162 Los Apóstoles, adoctrinados por el divino Maestro, todos tenían la virtud de la mansedumbre, la practicaban y enseñaban a los demás, singularmente a los Sacerdotes. Así es que

Santiago decía: *¿Hay entre vosotros alguno tenido por sabio y bien amaestrado para instruir a otros? Muestre por el buen porte su proceder y una sabiduría llena de dulzura. Mas, si tenéis un celo amargo y el espíritu de discordia en vuestros corazones, no hay para qué gloriaros y levantar mentiras contra la verdad, que esa sabiduría no es la que desciende de arriba, sino más bien una sabiduría terrenal, animal y diabólica* (Jac c.3,13-15).

163 Yo quedé espantado la primera vez que leí estas palabras del santo Apóstol al ver que la ciencia sin dulzura, sin mansedumbre, la llama diabólica. ¡Jesús, diabólica!... Sí, diabólica es, y me consta además por la experiencia que el celo amargo es arma de que se vale el diablo, y el Sacerdote que trabaja sin mansedumbre sirve al diablo y no a Jesucristo. Si predica, ahuyenta a los oyentes, y si confiesa, ahuyenta a los penitentes, y si se confiesan, lo hacen mal, porque se aturden y se callan los pecados por temor. Muchísimas confesiones generales he oído de penitentes que se habían callado los pecados porque los confesores les habían reprendido ásperamente.

164 En cierta ocasión hacia el Mes de María. Concurrían muchísimos a los sermo-

nes y a confesarse. En la misma capilla en que yo confesaba, confesaba también un sacerdote muy sabio y muy celoso. Había sido Misionero, pero por su edad y achaques se había vuelto tan iracundo y de tan mal genio, que no hacía más que regañar. Así es que los penitentes quedaban tan cortados y confundidos, que se quedaban los pecados sin decir, y, por lo tanto, hacían mala confesión. Y quedaban tan desconsolados, que para tranquilizarse se venían a confesar conmigo.

165 Como no pocas veces el mal genio y la ira o falta de mansedumbre se encubre con la máscara de celo, estudié muy detenidamente en qué consistía una y otra cosa, a fin de no padecer equivocación en una cosa en que va tanto. Y he hallado que el oficio del celo es aborrecer, huir, estorbar, detestar, desechar, combatir, y abatir, si es posible, todo lo que es contrario a Dios, a su voluntad y gloria y a la santificación de su santo nombre, según David, que decía: *Iniquitatem odió habui et abominatus sum; legem autem tuam dilexi* (Ps 118).

166 He observado que el celo verdadero nos hace ardientemente celosos de la pureza de las almas, que son esposas de Jesucristo, según dice el Apóstol a los de Corinto: *Yo soy amante*

celoso de vosotros y celoso en nombre de Dios, pues que os tengo desposados con este único esposo que es Cristo para presentaros a él como una pura y casta virgen.

Por cierto que Eliecer se hubiera picado de celos, si hubiera visto a la casta y bella Rebeca, que llevaba para esposa del hijo de su Señor, en algún peligro de ser violada, y, sin duda, hubiera podido decir a esta santa doncella: Celador soy vuestro de los celos que tengo por mi Señor, porque os he desposado con un hombre para presentaros una virgen casta al hijo de mi amo Abraham. Con esta comparación se entenderá mejor el celo del Apóstol y de los varones apostólicos.

Decía el mismo en otra carta: *Yo muero todos los días por vuestra gloria. ¿Quién está enfermo que no lo esté yo también? ¿Quién está escandalizado que yo no me abrase?*

167 Los Santos Padres, para dilucidar más esta materia, se valen de la comparación de la gallina y dicen: ¡Mirad qué amor, qué cuidado y qué celos tiene una gallina por sus polluelos! La gallina es un animal tímido, cobarde, espantadizo mientras no cría; pero cuando es madre tiene un corazón de león, trae siempre la cabeza levantada, los ojos

atentos, mirando a todas partes, por pequeña apariencia de peligro que se le presente para sus polluelos. No se pone enemigo delante de ella que no acometa para defenderlos, viviendo en un perpetuo cuidado que la hace continuamente vocear y es tan grande la fuerza del amor que tiene a sus hijos, que anda siempre enferma y descolorida. ¡Oh qué lección tan interesante de celo me dais, Señor, por medio de la gallina!

168 Yo he comprendido que el celo es un ardor y vehemencia de amor que necesita ser sabiamente gobernado. De otra manera violaría los términos de la modestia y discreción; no porque el Amor divino, por vehementemente que sea, pueda ser excesivo en sí mismo ni en los movimientos o inclinaciones que da a los espíritus, sino porque el entendimiento no escoge los medios más a propósito o los ordena mal, tomando caminos muy ásperos y violentos, y, conmovida la cólera, no pudiéndose contener en los límites de la razón, empeña el corazón en algún desorden, de modo que el celo por este medio se ejecuta indiscreta y desarregladamente, con que viene a ser malo y reprehensible.

169 Cuando David envió a Joab con su ejército contra su desleal y rebelde hijo Absalón, le encargó que no le tocase; pero Joab, estando en la batalla, como una furia por el deseo de la victoria, mató con su propia mano al pobre Absalón. Dios manda al Misionero que haga guerra a los vicios, culpas y pecados; pero le encarga con el mayor encarecimiento que le perdone al pecador, que lo presente vivo a ese hijo rebelde para que se convierta, viva en gracia y alcance la eterna gloria.

170 ¡Oh Dios mío!, dadme un celo discreto, prudente, a fin de que obre en todas las cosas *fortiter et suaviter*, con fortaleza, pero al propio tiempo suavemente, con mansedumbre y con buen modo. En todo espero portarme con una santa prudencia, y al efecto me acordaré que la prudencia es una virtud que nace en el hombre con la razón natural, la instrucción la cultiva, la edad la fortifica, el trato y comunicación con los sabios la aclara y se consuma con la experiencia de los acontecimientos.

XV

La cuarta Virtud: la modestia

171 El Misionero, me decía yo, es el espectáculo de Dios, de los ángeles y de los hombres, y, por lo mismo, debe ser muy circunspecto y remirado en todas sus palabras, obras y maneras. Así es que resolví, tanto en casa como fuera de ella, hablar muy poco y pesar bien las palabras que decía, porque todo lo toman a veces en diferente sentido de lo que uno lo dice.

172 Propuse, cuando hablase, no hacer acciones o gestos con las manos, que en algunos lugares llaman manotear y lo ridiculizan. Así, me propuse, cuando tuviese que hablar, hablar poco, breve y de un modo quieto y grave, sin entretenérme en tocar la cara, barba, cabeza, y mucho menos las narices, ni hacer gestos con la boca, ni decir cosas de burla o de desprecio, ni ridiculizando, pues conocí que en estas cosas pierde mucho de su autoridad, respeto y veneración el misionero que por su ligereza y poca mortificación y menos modestia incurre en semejantes groserías, que arguyen poca virtud y manifiestan la poca o ninguna educación.

173 También conocí que el misionero debía tener paz con todos, como dice el Apóstol San Pablo. Así, nunca reñí con nadie, procuraba ser benigno con todos, no ser juguetón con nadie, ni me gustaba decir chocarrerías, ni remedos; ni me gustaba reír, aunque siempre manifestaba alegría, dulzura y benignidad, pues me acordaba que a Jesús jamás le vieron reír y sí llorar algunas veces. Y también me acordaba de aquellas palabras: *Stultus in risu exaltat vocem suam; vir autem sapiens vix tacite ridebit.*

174 La modestia, como se sabe, es aquella virtud que nos enseña a hacer todas las cosas del modo debido. Como cabalmente todas las debemos hacer como las hizo Jesucristo, así en cada cosa me preguntaba y me pregunto cómo lo hacía esto mismo Jesucristo, con qué cuidado, con qué pureza y rectitud de intención. ¡Cómo predicaba! ¡Cómo conversaba! ¡Cómo comía! ¡Cómo descansaba! ¡Cómo trataba con toda clase de personas! ¡Cómo oraba! Y así en todo, por manera que, con la ayuda del Señor, me proponía imitar del todo a Jesucristo, a fin de poder decir, si no de palabra, de obra, como el Apóstol: *Imitadme a mí, así como yo imito a Cristo.*

175 Conocí, Dios mío, cuánto importa para hacer fruto que el misionero sea del todo no sólo irrepreensible, sino a todas luces virtuoso, pues que las gentes más caso hacen de lo que ven en el misionero que de lo que de él oyen. Por esto, de Jesús, modelo de misioneros, se dice: *Coepit facere et docere*, primero hacer y después enseñar.

176 ¡Vos sabéis, Dios mío, no obstante mis propósitos y resoluciones, las veces que habré faltado contra la (¿?) de la modestia! ¡Vos sabéis si algunos se habrán escandalizado por la inobservancia de esta virtud!

Perdonadme, Dios mío. Ya os doy palabra que, poniendo por obra las palabras del Apóstol procuraré que mi modestia sea notoria a todos los hombres; y mi modestia será la de Jesucristo, como tanto exhorta el mismo Apóstol. Os doy palabra, Jesús mío, que imitaré también al humilde San Francisco de Asís, que con la modestia predicaba. Él, con su buen ejemplo, convertía a las gentes. ¡Oh Jesús de mi corazón, yo os amo y quisiera atraer a todos a vuestro santísimo amor!

XVI

La quinta virtud: la mortificación

177 Conocí que no podía ser modesto sin la virtud de la mortificación, y así la procuré con todo empeño, ayudado de la gracia de Dios, adquirirla cueste lo que costare.

178 Así, en primer lugar, procuré privarme de todo gusto para dárselo a Dios. Sin saber cómo, me sentí como obligado a cumplir lo que sólo era un propósito. Poníanse delante del entendimiento las dos porciones, la que mira a mi gusto y la que mira a Dios. Y como el entendimiento veía esta incomprensible desigualdad aunque fuese en cosa pequeña, me obligaba a seguir lo que entendía era del agrado de Dios, y yo con mucho placer me abstenería de aquel gusto para dar gusto a Dios. Y esto me sucede y pasa aún ahora en todas las cosas: en la comida, bebida, descanso, en el hablar, mirar, oír, ir a alguna parte, etc...

179 Para la práctica de la mortificación me ha servido mucho la gracia de Dios, la necesidad que he conocido que tenía de ella para hacer fruto en las almas y para tener bien la oración.

180 Me han animado sobremanera los ejemplos de Jesús y de María y de los Santos, cuyas vidas he estudiado con mucha detención sobre este particular, y para mi régimen he sacado mis apuntes, como de San Bernardo, de San Pedro de Alcántara. Y de San Felipe Neri he leído que, *después de haber confesado por espacio de treinta años a una Señora célebre en Roma por su rara hermosura, aún no la conocía de vista.*

181 Yo puedo asegurar aún en el día, que, de las muchas mujeres que se confiesan conmigo, más las conozco por la voz que por la fisonomía, porque nunca jamás miro la cara de mujer alguna: me ruborizo y avergüenzo. No es que me causen tentaciones. No las siento, gracias a *Dios*. Es un cierto rubor que yo mismo no me sé explicar. De aquí es que, naturalmente y casi sin saber cómo, observo aquél documento tan repetido por los Santos Padres que dice: *Sermo rigidus et brevis cum mullere est habendus et oculos humi defectos habe,* puesto que no sé sostener una conversación con una mujer por buena que ella sea. Con graves y pocas palabras; le digo lo que conviene, y al instante la despacho sin mirar si es pobre, ni rica, ni hermosa, ni fea.

182 Cuando misionaba por Cataluña me hospedaba en los curatos, y en el curato permanecía durante la misión, y no me acuerdo haber mirado jamás la cara, de mujer alguna que estuviese por ama, criada o parienta del Cura. Así es que alguna vez me sucedía que después de algun tiempo me hallaba en Vich o en alguna otra población y alguna me decía: *Mosén Claret, ¿que no me conoce? Yo soy la criada o el ama de tal curato en que usted estuvo tantos días haciendo la misión.* Pero yo no la conocía, no la miraba, y con la vista en el suelo le preguntaba: *Y el Señor Cura, ¿está bueno?*

183 Y lo que es más que, sin una gracia especialísima, conozco que no es posible, y, sin embargo, fue así. En el tiempo que permanecí en la Isla de Cuba, que fueron seis años y dos meses, confirmé más de trescientas mil personas, más mujeres que hombres y más jóvenes que viejas. Y si me preguntaran qué tipo o fisonomía tienen las mujeres de aquella isla, diría que no sé, no obstante de haber confirmado a tantas, pues que para ver en dónde tenían la frente miraba rapidísimo y luego cerraba los ojos, y con los ojos cerrados las confirmaba.

184 Además de este rubor natural que experimento a la presencia de las mujeres, que me impide mirarlas, hay otra razón, y es el deseo que tengo de hacer fruto en las almas. Me acuerdo haber leído hace años que un predicador muy famoso fue a predicar e hizo grande fruto en aquella población. Después la gente decía: *¡Oh qué santo!*, y un hombre malo contestó: Podrá ser santo, pero yo lo que diré es *que bien les gustan las mujeres, pues las miraba*. Y bastó esta expresión para neutralizar todo el buen prestigio que aquel buen predicador se había merecido en aquella población y desvanecer todo el fruto qué en ella había producido su predicación.

185 Igualmente, he observado que se forma muy mal concepto de un sacerdote que no tenga la vista mortificada.: De Jesucristo he leído que siempre traía la vista muy mortificada y modesta, y las veces que la levantó lo notaron cómo cosa extraordinaria los evanglistas.

186 El *oído* procuraba siempre mortificar, y así no gustaba de oír conversaciones superfluas, palabras ociosas. Conversaciones contra la caridad no las podía sufrir ni tolerar: me quitaba o mudaba de conversación o ponía

mala cara. Tampoco gustaba oír conversaciones de comidas, bebidas, de riquezas ni de cosas del mundo, ni tampoco de noticias políticas, y, por lo mismo, no me gustaba leer periódicos, y decía *que prefería leer un capítulo de la Santa Biblia, en que sé que leo la verdad, y que en los periódicos, por lo común, hay muchas mentiras y cosas superfluas.*

187 El *habla* también procuraba mortificar continuamente. Y así, de lo que he dicho que no me gustaba escuchar, tampoco me era agradable el hablar. Tenía propósito de no hablar jamás después de la plática o sermón de lo que había platicado, pues así como a mí me disgustaba que los otros hablasen de lo que habían perorado, pensé que también disgustaría a los demás si hablase de aquellas cosas. Así es que había tomado la resolución de nunca hablar, hacerlo lo mejor que pudiese y encomendarlo a Dios. Si alguno me avisaba, lo tomaba con mucha gratitud, sin excusarme y sin dar la razón, sino enmendarme lo posible.

188 Había observado que algunos hacen como las gallinas, que, después que han puesto el huevo, cacarean y les quitan el huevo. Así he observado que sucede a algunos sacerdotes poco avisados: que luego que han hecho

una obra buena, que han oído confesiones, que han hecho pláticas y sermones, van en busca y a caza de moscas de vanidad, hablan con satisfacción de lo que han dicho y cómo lo han dicho. Y así como a mí me disgusta al oír hablar de esto, pienso que también disgustaría a los otros si hablase de aquellas mismas cosas. Y así había hecho propósito de nunca jamás hablar de estas cosas.

189 Lo que altamente me repugnaba era el que hablasen de cosas oídas en confesión, ya por el peligro que había de faltar al sigilo sacramental, ya también por el mal efecto que causa a las demás gentes el que oigan hablar de estas cosas. Así tenía propósito hecho de nunca hablar de cosas ni de personas que se confiesen, si ha poco o mucho tiempo que no se habían confesado, si hacen o no hacen confesión general; en una palabra, me repugnaba al oír que los sacerdotes hablasen de las personas que se confesaban, de lo que se confesaban y del tiempo que no se habían confesado. Y aun para consultar no podía sufrir que alguno me dijese: *Me hallo en este caso: ¿qué haré?* Les decía que siempre propusiesen el casó en tercera persona, v.gr.: supongamos que un confesor se hallase con un caso de esta y

esta naturaleza: ¿qué resolución debería tomar?

190 Una de las cosas en que el Señor me dio a conocer que convenía se mortificase el misionero era en la *comida y bebida*. Los Italianos dicen: A los Santos que comen *no* se les da crédito. Las gentes se creen que los Missioneros son hombres más celestiales que terrenos; que a lo menos somos como las imágenes de los Santos, que no tienen necesidad de comer ni beber. Dios Nuestro Señor en esto me había hecho una gracia muy especial, de pasar sin comer o comiendo muy poco.

191 Tres eran las razones que tenía para no comer. La primera era porque no podía, no tenía apetencia, mayormente cuando había de predicar mucho o tenía mucha gente que confesar. Otras veces ya tenía algún apetito, pero tampoco comía, singularmente cuando iba de viaje, y entonces me absténia de comer para no ser gravoso. Y finalmente me absténia de comer para edificar, porque observaba que todos me notaban. Así es que era muy poco, poquísimo lo que comía, no obstante de tener a veces hambre.

192 Cuando tomaba lo que me presentaban, era poco y lo inferior. Si llegaba a un

Curato en hora intempestiva, les decía que no hiciesen más que unas sopitas y un huevo, y nada más; porque carne nunca tomaba, ni aun ahora jamás la tomo, siendo así que me gusta, pero conozco que es muy edificante esa abstinenencia. Lo mismo digo del uso del vino. Sí, me gusta el vino, pero hace años que no lo bebo, sólo las abluciones de la misa. Lo mismo digo del aguardiente y licores, que nunca jamás los bebo, siendo así que me gustan, pues en otro tiempo los había bebido. Esta abstinencia de comida y bebida he conocido que es muy edificante y en el día necesaria para hacer frente a los excesos que por desgracia se hacen en las mesas.

193 Hallándome en Segovia el año de 1859, día 4 de septiembre, a las cuatro y veinticinco de la madrugada, en que me hallaba en la meditación, me dijo Jesucristo: *La mortificación en la comida y bebida has de enseñar a los Misioneros, Antonio.* Y la Santísima Virgen, a los pocos minutos después, me dijo: *Así harás fruto, Antonio*

194 En estos días hice en Segovia misión al Clero, a las Monjas y al pueblo en la Catedral; y un día, hallándonos todos en la mesa, díjose que el señor Obispo anterior, que era

muy celoso, había exhortado a algunos sacerdotes para que salieran a misión, y, en efecto salieron. Y después de haber andado un buen trecho tuvieron apetito y sed, y como llevaban comida y bebida, se detuvieron a merendar. Mientras tanto que estaban merendando llegó la comisión y gente del pueblo a que iban para recibirlas, y el hallarlos comiendo los desestimó tanto, que bastó aquello para que no hicieran fruto ninguno. Así me lo contaron, ni sé por qué vino el referir aquello; pero para mí fue como una confirmación de lo que me habían dicho Jesús y María.

195 He conocido que esto es edificante en un Misionero y aún ahora me sirve. En Palacio con mucha frecuencia hay convites, y aun antes había muchos más. Yo soy siempre uno de los convidados. Si puedo, me excuso, y, si no puedo excusarme, asisto, pero es el día que como menos. Sólo acostumbro comer una cucharadita de sopa y, finalmente, una pequeña fruta, y nada más; vino tampoco bebo; sólo agua. Por supuesto, todos me miran y todos quedan sumamente edificados.

196 Antes de hallarme yo en Madrid, según tengo entendido, se cometían algunos desórdenes, y, a la verdad, había motivo para eso

al ver tantos platos y tan ricos, todas comidas exquisitas, tantos vinos y tan generosos: eran todos alicientes para excederse. Pero desde que yo tengo que asistir no he notado la más pequeña destemplanza; al contrario, me parece que se abstienen de tomar lo que necesitan al ver que yo no tomo. Muchas veces, en la mesa misma, los de los lados me hablan de cosas espirituales y me preguntan en qué templo confieso para venir a confesarse.

197 A fin de edificar más y más, me he abstenido siempre de fumar y de tomar polvo y nunca jamás he dicho ni he insinuado que esto me gustaría más que aquello. Esto ya me viene de lejos. Ya el Señor me previno con esta bendición celestial, por manera que mi querida Madre (I. P. R.) se murió, que aún no sabe lo que más me gustaba. Como me quería tanto, para complacerme alguna vez me había preguntado si me gustaría esto o aquello, y yo le contestaba que lo que ella disponía y me daba era lo que a mí me gustaba. Y ella me contestaba: *Ya lo sé, pero siempre hay cosas que gustan más unas que otras.* Y yo le respondía que lo que ella me daba era lo que a mí más me gustaba. Yo, naturalmente, gusto más de unas cosas que de otras, como todos; pero

era tanto el gusto espiritual que sentía en hacer la voluntad ajena, que sobre abundaba al gusto físico particular, y así no faltaba a la verdad en lo que decía.

198 Además de la mortificación de la vista, oído, lengua, gusto y olfato, procuraba hacer algunos actos de mortificación, v. gr.: el lunes, miércoles y viernes tomar en cada uno de estos días una disciplina, y los martes, jueves y sábados, ponerme el cilicio; y, si no se me proporcionaba lugar para la disciplina, tomaba otra cosa equivalente; v. gr.: rezaba con los brazos en cruz o con los dedos debajo de las rodillas.

199 Yo bien sé que los mundanos o los que no tienen el espíritu de Jesucristo desprecian y aun reprenden estas mortificaciones; pero yo me acuerdo de la doctrina que establece San Juan de la Cruz, que dice: Si alguno afirma que se puede ser perfecto sin practicar la mortificación externa, no le deis crédito, y, aunque al efecto hiciere milagros en confirmación de lo que dice, pensad que son ilusiones.

200 Yo veo que San Pablo se mortifica y dice públicamente: *Castigo corpus meum et in servitutem redigo, ne forte cum aliis praedicaverim ipse reprobus efficiar.* Y todos los santos que ha habido hasta aquí, todos lo

han hecho así. Y el V. Rodríguez dice que la Santísima Virgen dijo a Santa Isabel de Hungría que ninguna gracia espiritual viene al alma, regularmente hablando, sino por medio de la oración y de las aflicciones del cuerpo. Hay un principio que dice: *Da mihi sanguinem et daba tibi spiritum.* ¡Ay de aquellos que son enemigos de los azotes y de la cruz de Cristo!

XVII

De la Continuación de la virtud de la mortificación

201 Conocí que en un solo acto de mortificación se pueden ejercitar muchas virtudes según los diferentes fines que cada uno se propone en cada acto, v. gr.:

1. El que mortifica su cuerpo con el fin de refrenar la concupiscencia, hace un acto de la virtud de la *templaza*.
2. Si lo hace con el fin de ordenar bien la vida, será un acto de la virtud de la *prudencia*.
3. Si lo hace con el fin de satisfacer por las faltas de la vida pasada, será un acto de *justicia*.
4. Si lo hace para vencer las dificultades de la vida espiritual, será un acto de *fortaleza*.

5. Si lo hace con el fin de ofrecer un sacrificio a Dios, privándose de lo que le gusta y practicando lo que le amarga y repugna, será un acto de la *religión*.

202 6. Si lo hace con el fin de recibir mayor luz para conocer los divinos atributos, será un acto de *fe*.

7. Si lo hace con el fin de asegurar más su salvación, será un acto de *esperanza*.

8. Si lo hace con el fin de ayudar a la conversión de los pecadores y en sufragio de las almas del purgatorio, será un acto de *cari-dad* para con el prójimo.

9. Si lo hace con el fin de tener más con que socorrer a los pobres, será un acto de la *virtud de la misericordia*.

10. Si lo hace con el fin de agradar más y más a Dios, será un acto de *amor a Dios*.

En cada acto de mortificación podré ejercitarse todas estas diez virtudes, según los fines que me propongan.

203 La virtud tanto más mérito tiene, tanto más brilla, tanto más encanta y arrebata, cuanto anda acompañada de mayor sacrificio.

204 El hombre vil, débil, menguado y cobarde nunca hace sacrificio alguno, ni es capaz de hacerle, porque no resiste a ningún an-

tojo o apetito de la concupiscencia. Todo lo que la concupiscencia le pide, si está en su mano conceder o negar, nada niega a su pasión, porque es un cobarde y vil, y se deja vencer y se rinde. A la manera de dos que pelean, que el valiente vence al cobarde, así el vicio y el vicioso, éste queda vencido y aprisionado por el mismo vicio. Por esto, la continencia y castidad es tan alabada, porque el hombre se abstiene de los placeres y deleites que le ofrece la naturaleza o la pasión.

205 De aquí es que será mayor el mérito según el mayor placer de que se abstendrá. Item según la mayor repugnancia que tendrá que vencer. Item según el mayor dolor intenso y extenso que tendrá que tolerar. Item según los respetos humanos que tendrá que vencer. Item según los mayores sacrificios que tendrá que hacer. Haciéndolo y sufriéndolo todo por amor a la virtud y por la mayor gloria de Dios.

206 Yo me propuse en lo exterior la modestia y el recogimiento; en lo interior, la continua y ardiente ocupación en Dios; en los trabajos, la paciencia, el silencio y sufrimiento. Además, el cumplimiento exacto de la ley de Dios y de la Iglesia, las obligaciones de mi

estado, como lo manda Dios; hacer bien a todos, huir los pecados, faltas e imperfecciones y practicar las virtudes.

207 En todos los sucesos desagradables; dolorosos y humillantes, siempre pienso que vienen así de Dios ordenados para mayor bien mío, y así procuro al momento que lo advierto, dirigirme a Dios en silencio y con resignación: á su santísima voluntad, porque me acuerdo que el Señor ha dicho que ni un pelo de la cabeza caerá sin voluntad del Padre celestial, que tanto me ama.

208 Yo conozco que trescientos años de fieles servicios a Dios se pagan y de sobra, con una hora que me permita de penas; tan grande es el valor de ellas. ¡Oh Jesús mío y Maestro mío! El atribulado, perseguido y desamparado de amigos; el crucificado de trabajos exteriores y de cruces interiores y desamparado de consuelos espirituales, que calla, sufre y persevera con amor, éste es vuestro amado y el que os agrada y a quien más estimáis.

209 Así es que he propuesto nunca jamás sincerarme, ni excusarme, ni defenderme cuando me censuren, calumnien y persigan, porque perdería delante de Dios y de los hombres, Sí, éstos se valdrían de mis verdades y

razones que yo alegaría, como el de armas contra mí.

210 Creo que todo viene de Dios, y creo que Dios quiere de mí este obsequio: que sufra con paciencia y por su amor las penas del cuerpo, del alma y del honor. Creo que en esto haré lo que es de mayor gloria de Dios: el que calle y sufra como Jesús, que murió en la cruz desamparado de todo.

211 El hacer y el sufrir son las grandes pruebas del amor.

212 Dios se ha hecho hombre. Pero ¿qué hombre? ¿Cómo nace? ¿Cómo vive? ¡Cómo muere! *Ego sum vermis, et non homo, et abjectio plebis.* Jesús es Dios y hombre; pero la Divinidad no ayuda a la humanidad en sus penas y dolores, como el alma del justo, que está en el cielo, no ayuda al cuerpo, que se pudre en la tierra.

213 A los Mártires Dios les ayudaba de un modo muy particular, pero este mismo Dios ha abandonado en sus sufrimientos y penas a Jesús, al Varón de dolores. El cuerpo de Jesús era más delicado que el nuestro, y, por lo mismo, más susceptible de los dolores y penas. Ahora, pues, ¿quién es capaz de formarse una idea de lo que sufrió Jesús? Toda su vida lo

ÍNDICE

I.	De los estímulos que me movían a misionar	3
II.	De los ejemplos de algunas Santas	12
III.	De la misma materia	17
IV.	De la misma materia	28
V.	De los medios que me valía para hacer fruto	31
VI.	De otros medios de que me valía	36
VII.	Del Catecismo de los mayores	42
VIII.	De los sermones	46
IX.	De los Ejercicios de S. Ignacio	52
X.	De los libros y hojas sueltas	54
XI.	Continuación de la misma materia	62
XII.	De las virtudes necesarias para hacer fruto	69
XIII.	La segunda virtud que procuré, la pobreza	78
XIV.	La tercera virtud, la mansedumbre	85
XV.	La cuarta virtud, la modestia	92
XVI.	La quinta virtud, la mortificación	95
XVII.	Continuación de la misma materia	106

tuvo presente. ¡Cuánto habría de sufrir por nuestro amor! ¡Oh qué pena tan prolongada, tan intensa y extensa!

214 ¡Oh Jesús de mi vida! Conozco, sé y me consta que las penas, dolores y trabajos son la divisa del apostolado. Con vuestra gracia las abrazo, las visto y digo que, ayudándome Vos, Señor y Padre mío, estoy pronto a beber ese cáliz de penas interiores y estoy resuelto a recibir ese bautismo de penas exteriores, y digo: lejos de mí en gloriarme en otra cosa que en la Cruz, en que Vos estáis clavado por mí, y yo también lo quiero estar por Vos. Así sea.